

tintivo de la santidad cristiana, como nadie ignora, es el amor apasionado de los desprecios, del dolor y de la muerte, de todo aquello que simboliza la cruz de Cristo; y esta extraña pasión, tan contraria á la natural inclinación del hombre, ¿de dónde nace sino del amor al mismo Cristo que, por amor á nosotros, se abrazó con la cruz y tuvo en nada el dolor y las afrentas¹? Por eso, quien de veras ama á Cristo, ama de todo corazón la cruz de los trabajos, de las humillaciones, afrentas y dolores, diciendo con San Pablo: *Christo confixus sum cruci*²; y se goza, como si estuviese acostado en un lecho de rosas, de estar crucificado con Jesús, por agradar al Padre, que se complace y regala en el sacrificio de su Hijo muy amado. ¡Ah! si llegásemos alguna vez, hermanos míos, á transformarnos de esta manera en la imagen del Corazón de Jesús, ¡cómo quedaríamos por el mismo hecho deificados, disfrutando de unas delicias inefables, superiores á todo terrenal contento, y sólo inferiores á los goces del cielo! ¡Oh! ¡si, cooperando por nuestra parte con docilidad perfecta, nos dejásemos modelar por la mano del Espíritu santificador, de Aquel que reposó en el trono del sagrado Corazón colmándolo de la plenitud de sus dones! Ese divino artífice de toda santidad, transformándonos por el conocimiento y el amor del Corazón de Jesús en copias vivas del mismo Salvador, nos colmaría también con la abundancia de sus dones y carismas. Aprendamos, oyentes míos, á medir todo el alcance de la devoción que al Corazón de Jesús profesamos; y, no contentos con tributarle el día de hoy fervientes homenajes al consagrarnos solemnemente á su culto, aspire-

¹ Hebr. 12, 2.² Gal. 2, 19.

mos á glorificarle, reproduciendo en nuestros propios corazones su bendita imagen para honra y gloria del Criador. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en la capilla del Colegio del Rosario, Bogotá).

El Rosario y la Ciencia.

Ego Sapientia habito in consilio, et eruditus intersum cogitationibus.

Yo, como que soy la Sabiduría, presido en el consejo y dirijo los dictámenes discretos.

Prov. 8, 12.

I. Á respetuosa distancia del altar del Altísimo Dios, á quien desde la alborada hasta el crepúsculo de la tarde se eleva el incienso de la adoración, veo erigidos aquí dos altares, en donde esta noble y lucida juventud, esperanza de Colombia, tributa ardoroso culto de corazón y de espíritu á la virtud y la ciencia. La primera dicho se está que la personifica la Virgen María; la segunda, es la que empuña el cetro y ciñe la corona de reina de todos los ramos del saber humano: es la ciencia de vuestra predilección, la filosofía. Almas juveniles, henchidas de nobles ambiciones, dotadas de poderosa iniciativa para todo lo grande, bueno y verdadero, desdeñando los halagos de la vanidad y el placer, consagran en este inmortal emporio de las Letras patrias, bajo la guía de expertos conductores, el tiempo más hermoso y fecundo de la vida á la adquisición de sólidas doctrinas filosóficas y literarias, con cuyo caudal aspiran á labrarse un porvenir de verdadera y no menguada felicidad en el tiempo y más allá del tiempo. Corazones no emponzoñados aún por el hábito del vicio,

desarrollados al calor del amor de la madre y del celo sacerdotal, siéntense aquí dulcemente subyugados por el amor de la criatura más noble, bella y pura que existe en cielo y tierra, la inmaculada Virgen del Rosario, la venerada Patrona de este célebre Colegio; y ante su altar depositan, como tributo de filial ternura, las místicas rosas de sus plegarias cotidianas.

¡Bien por la juventud cristiana del decadente siglo XIX, que, en medio de tanto escándalo y apostasía, sabe unir estrechamente el fervor de la piedad con el ardor de la aplicación al estudio! ¡Honor al Establecimiento que, puesto á la cabeza de todos los de su clase en Colombia, y fiel á sus gloriosas tradiciones, no desdeña los ejercicios de la devoción á María, bajo el frívolo pretexto, hoy tan en boga, de ser incompatibles con el cultivo de las ciencias, ó, lo que fuera aun más errado, de ser contrarios al progreso de la sana educación!

2. Tal incompatibilidad ó mentido antagonismo se ha propalado aquí en algún tiempo por voces que no carecían del prestigio del ingenio y la elocuencia, y aun hoy, tal vez tiene acogida en algunos espíritus no bastante esclarecidos sobre la materia; y, si bien vosotros, distinguidos alumnos del Colegio del Rosario, poseéis, sin duda, ideas claras en este punto, no creo del todo inoportuno, ni ajeno á la gloria de la Augusta Soberana á quien hoy con la Iglesia católica tributamos nuestros cultos, consagrar este corto y desaliñado discurso á confirmar más y más en vuestra mente la perfecta armonía que reina entre el culto de la ciencia por antonomasia, la filosofía, y el culto religioso de la Virgen, el cual no es, en el fondo, sino la profesión de la fe y la moral cristianas. Creo, pues, dejar sólidamente establecida mi proposición, demostrando en primer

lugar, que la filosofía digna de este nombre, debe buscar apoyo en las doctrinas del orden sobrenatural; y en segundo, que la educación moral recibe eficaz impulso del culto piadoso de la Virgen del Rosario.

¡Plegue al cielo hacer brillar su luz sobre mi razonamiento para gloria del Autor de todo bien, y aprovechamiento espiritual de cuantos aquí devotamente reunidos saludamos á la Madre de Dios con la acostumbrada *Ave María*.

I.

3. He afirmado, señores, en concepto de simple postulado, que el culto cristiano que tiene por objeto á la Virgen María, y especialmente el que se le profesa en su advocación del Rosario, no es en substancia otra cosa que una abierta y pública profesión de cristianismo. En efecto, ¿qué otra cosa hacéis, amados jóvenes, cuando venís á ofrecer á vuestra amable patrona esa fresca y fragante guirnalda de rosas, que se llama el Rosario, sino reconocerla y aclamarla por verdadera madre del Dios humanado, por la escogida entre todas las hijas de Adán para ser colmada de la gracia del Señor y constituida dispensadora de todos los favores del Altísimo? ¿No es eso precisamente lo que dicen la salutación del ángel y la plegaria de la Iglesia que recitáis, no una sino cincuenta veces arreo, y más bien que con los labios la repetís con el corazón y el espíritu? Ciertamente, si las hermosas frases que dirigís á la Virgen Santísima, con reverente actitud de cuerpo y alma, no son, como no pueden serlo, huecas palabras ó fórmulas vacías de sentido, es indudable que ellas significan tanto como la plena y sincera afirmación de todo el dogma cristiano, de toda la verdad revelada, del orden sobrenatural. . . .

Tanto más cierto es esto cuanto que, al salir de vuestros labios esas dulces saluciones y devotas súplicas, van pasando por delante de vuestro pensamiento, acatados por vuestro asenso intelectual, todos los grandes hechos, repletos ya de gozo, ya de dolor ó de gloria, de nuestro Redentor Jesucristo; hechos rigurosamente históricos, sí, pero envueltos con el velo sagrado del misterio. No cabe, pues, dudarlos, y vosotros, alumnos del Colegio Mayor, tenéis plena conciencia de ello: la devoción á María practicada en la recitación del Rosario, no es más ni menos que una profesión de fe católica.

Ahora, pues, yo os pregunto resueltamente y sin ambages: esa profesión sería, ese reconocimiento intelectual de verdades superiores al alcance de la razón humana, ¿está ó no en pugna con vuestra aspiración de filósofos? ¿será ó no preciso que abdiquéis de vuestro noble carácter de amigos de la ciencia, para venir á la Capilla, en actitud de humildes católicos, á profesar la creencia de lo sobrenatural ante la santa imagen de María? Adivino exactamente vuestra respuesta negativa, fruto ya sazonado y precioso de la acertada dirección impresa á vuestros estudios. Quiero, sin embargo, proclamar el día de hoy, desde esta cátedra tan autorizada, la gran ley de armonía y concordia entre la ciencia y la fe, para glorificar con vosotros al que es verdad primera y fuente de toda verdad en el hombre, y honrar á aquella criatura que la Sabiduría escogió para su trono.

4. No, no es menester, queridos jóvenes, que tracéis una línea divisoria absurda, imposible y quimérica entre el filósofo y el creyente, entre el hombre de fe y el de razón. Pues, así como al estudio de las ciencias consagráis no sólo vuestra inteligencia, sino también vuestro corazón y todas vuestras facultades racionales y aun

sensibles; así también para practicar la religión debéis poner en juego no sólo vuestra voluntad sino vuestra razón, vuestras potencias todas, vuestro ser completo. La fe sobrenatural, la fe cristiana, no es, como algunos pretenden, la sola expresión del ciego sentimiento; es, al contrario, la afirmación sobrenatural de la razón iluminada por el Verbo de Dios. En esta facultad distintiva y característica del ser racional es precisamente donde la fe quiere y debe echar hondamente sus raíces. Así es que, cuando el Apóstol afirma que se cree con el corazón para adquirir la justicia¹, no intenta negar lo que él mismo ha enseñado en otra parte á los romanos, á saber, que el obsequio prestado por el hombre á la Revelación dándole su asentimiento, es un acto soberanamente razonable². Desechad, pues, de una vez para siempre la idea verdaderamente peregrina de la repartición del hombre entre la naturaleza y la gracia, entre la ciencia y la fe. Es el hombre todo entero, tal como Dios lo formó, con la plenitud de sus facultades, inteligencia y voluntad, el que afirma la verdad natural, puesta á su alcance, y el que adhiere intelectualmente á la verdad de orden superior que se le ha hecho accesible por obra de la divina Revelación. Y veis aquí descubierto el fundamento subjetivo de la armonía entre la ciencia y la creencia, que no es otro sino la unidad del ser humano, sujeto indivisible y único de las operaciones así del orden sobrenatural como del natural. Y para servirme de una semejanza, que debe de ser para vosotros muy clara por vuestra familiaridad con este género de ideas, digo que, así como se armonizan perfectamente la sensación y la idea pura, por

¹ Rom. 10, 10.² Rom. 12, 1.

más que sean actos de facultades diversas, como la sensibilidad y la razón, y se armonizan por su base, esto es, la unidad del sujeto espiritual que siente y piensa; así también, en escala más elevada, se armonizan el razonamiento y la creencia en la substancial unidad del hombre y el cristiano.

No pretendo con esto excluir el fundamento objetivo de la armonía de la razón y la fe; lejos de eso, afirmo que es el primero y primordial, y se encuentra en la unidad de la verdad, única en sí, aunque múltiple en los objetos, ora sea asequible á la inteligencia por sí sola, ora sea adquirida á favor de una luz extraordinaria que descienda del Padre de las luces por medio de la Luz increada, por irradiación del que es Luz de luz, *Lumen de lumine*.

5. Esta última observación profundizada bastaría para poner fuera de duda la verdad de la ley enunciada, de concordia y armonía entre la razón que discurre y la razón que cree, ó sea, entre el filosofador y el creyente. Oportuno será, pues, dar á esta importante aserción todo el desarrollo posible dentro de los límites de un breve discurso. El nombre mismo de filosofía¹ está diciendo la amplitud de miras del verdadero filósofo, que realmente anhela buscar y llegar á la posesión de la verdad, hasta en sus causas más recónditas; que sólo éste es acreedor á tan ilustre renombre. Y esta amplitud de miras en orden al triple objeto de sus investigaciones, Dios, el mundo y el hombre; y esa hambre y sed insaciable que atormenta al verdadero aficionado de la sabiduría por descubrir y sondear el misterio de las cosas hasta arribar al conocimiento de las fuentes y

¹ Amor de la sabiduría.

principios de donde emanan los últimos efectos, claro es que excluyen la preocupación sistemática del arrogante filósofo que, en nombre de la razón filosófica, protesta en alta voz contra la intervención sobrenatural en los dominios de la investigación científica. Mientras el primero dice: «Amo la sabiduría; venga, pues, la luz de cualquier lado que sea: conozca yo la verdad, toda la verdad, cualquiera que sea el camino por donde me salga al paso»; el segundo, alardeando de espíritu filosófico, se atreve á formular la siguiente proposición, francamente incompatible con su carácter: «No quiero toda verdad, rehuso la luz que me viene de arriba, prefiero las tinieblas de la ignorancia á la intervención de un ser sobrenatural en el campo que yo solo debo recorrer.» Juzgad, señores, si semejante modo de discurrir y proceder es filosófico, en el sentido más amplio de esta palabra, en el sentido de los grandes sabios de la antigüedad: juzgad si la conducta del racionalista que rechaza *a priori* la Revelación, puede decirse razonable. Todo menos filosófica es la pretensión de encerrar cuanta luz es necesaria para venir en conocimiento de todas las verdades en el triple vastísimo imperio de lo divino, lo natural y lo humano, dentro de la esfera de la razón individual, del yo personal de cada hombre. Porque, hablando en puridad, ¿qué vale la tenue y pobrísima lumbre de esa pequeña lámpara de mineros que se llama razón individual, aunque el individuo que la posee lleve los nombres de Platón, Aristóteles ó Tomás de Aquino? No es, en efecto, la inteligencia de cada hombre más que un átomo, en sí misma considerada, es decir, abandonada á sus solas fuerzas sin contar con el tesoro de los conocimientos anteriormente adquiridos, preexistentes en las grandes arcas de la ciencia

impersonal; conocimientos que el individuo no puede apropiarse sin el auxilio de medios que están fuera de él mismo, como son la historia, la tradición, la educación, la sociedad y mil más. ¿Cómo, pues, esa débil centella, ese átomo de luz apenas perceptible, se atreve á llamarse fuente primaria, único instrumento de todos los conocimientos, aun dentro del círculo de lo puramente natural?¹ Es evidente lo exagerado de la pretensión; luego vanamente pretende el filósofo rechazar el contingente que prestan á la pobre y desnuda razón así la autoridad del testimonio divino como la del testimonio humano; lo mismo la tradición de las verdades reveladas como la de los hechos naturales; tanto la superior comunicación de la Divinidad con el hombre, llamada Revelación, como la mutua comunicación de los hombres entre sí; nada de todo esto puede rechazar en buena lógica el verdadero filósofo, porque al cabo todas estas son fuentes de conocimiento y de verdad, naturales ó sobrenaturales, poco importa, y fuentes situadas fuera de la razón individual y aun encima de ella misma. ¿Cómo calificar, según esto, aquella extraña manera de pensar de ciertos escritores tenidos por lumbreras y oráculos de la ciencia moderna², cuando en tono ultradogmático afirman: «La filosofía no puede tener su complemento fuera de sí misma: toda filosofía que reconozca otra autoridad además de la razón, abdica y se deshonor»?

6. Pero hay más, señores; porque la razón que, partiendo del conocimiento íntimo de su nativa pobreza, acepta de buen grado cuanto puede enriquecer su caudal,

¹ Véase Mons. *Pie*, obispo de Poitiers, Obras t. III, n. 11.

² Cousin, Saisset, etc., citados por Mons. *Pie* l. c.

no sólo no puede rechazar la fe como fuente de verdades sobrenaturales, sino que debe rendirle gustosa el cetro y la corona, reconociéndola, para pedirle apoyo, como baluarte inexpugnable de certeza y de verdad. Esta aserción tampoco puede rebatirse victoriosamente desde el momento en que se admita la posibilidad y el hecho de la Revelación, cuya consecuencia es la fe, como quiera que la razón debe acatar la supremacía absoluta del Ser divino, reconociendo la esencial dependencia de toda razón, como de toda voluntad, de la razón y voluntad divinas, fuente de toda verdad y justicia. Pues ¿qué? ¿pretenderá el hombre elevarse hasta el nivel de Dios? ¿osará discutir ó pesar en la balanza de su menguado criterio la verdad manifestada por la Sabiduría infinita? No le queda, pues, á la filosofía racionalista otro arbitrio que la negación descarada y rotunda de la divina Revelación; pues, una vez ésta admitida, aquélla tendría que prestarle sumisión y dependencia. Mas ¿cómo negarla, si no es apelando á un miserable efugio, que, lejos de sacarla airoso de la situación, la acaba de hundir en el abismo del descrédito? En efecto, señores, ¿cómo es posible negar razonablemente la Revelación, ya sea en su posibilidad, ya en su existencia, ya como hipótesis, ya como tesis histórica? ¿Cómo puede la razón humana desconocer la sabiduría infinita de aquel Dios que abarca de una sola ojeada y sin salir fuera de sí mismo, cuanto es, ha sido, será y puede ser? ¿cómo poner en duda la bondad con que quiere, y la omnipotencia con que puede dar á conocer á sus criaturas inteligentes, alguna parte de su saber infinito, por los medios que le agrade hacerlo? ¿Puede la razón, discurriendo cuerdamente, negar estas cosas sin negar al mismo Dios? Y luego,